

á hacerse digno de ti, será muy culpable y muy inbécil.

Respecto al Príncipe, encontró ininteligibles los movimientos del alma que dictaban á su prometida palabras de excusa, como lo hubieran sido para Hafner. Pensó que este último había regañado á la joven, y se aplaudió el haber cortado en seguida aquella comedia del clericalismo.

—Dejemos esto—dijo con condescendencia.—Soy yo quien le ha faltado á usted en la forma; pues en el fondo sabe usted que siempre me encontrará respetuoso con lo que los míos han respetado. Pero los tiempos cambian, y ciertos fanatismos no están bien, hasta con nuestro nombre. He aquí lo que quise decir á usted, de modo que usted no pudiera condenarme.

Y besó galantemente la mano de Fanny, sin comprender que acababa de redoblar la melancolía de aquella niña, demasiado generosa. Continuó el desacuerdo entre el universo de ideas en que se movía la joven, y aquel en que respiraba el vividor arruinado. Como con tanta profundidad dicen los místicos, no eran del mismo cielo. O más bien, pues no es propia esta palabra cielo, aplicada á persona tan desprovista de todo ideal, Ardea era todo carne y sangre, y la señorita Hafner toda espíritu y corazón. A medida que Pepino descubría su carácter verdadero, el desacuerdo sobresalía. Fanny, pues, experimentó durante las dos últimas semanas de aquel hermoso mes de mayo, que debía envolver en sus rayos luminosos la dicha de sus amores, una serie de pequeñas desilusiones cotidianas, una evidencia renovada é impuesta sin cesar, de que aquel matrimonio, acep-

tado al principio como una esperanza, iba á ser para ella un constante sacrificio. Sin embargo, la miseria moral de su prometido no bastó á determinar en ella un deseo de ruptura.

Que Pepino, educado en la ociosidad, corrompido por el doble orgullo del nacimiento y de la fortuna, fuese á los veintiocho años frívolo y cínico á la vez; que uniese á la finura de un italiano la absoluta sequedad de un "clubman" parisién; que todos sus proyectos sobre su futura vida se redujeran á un retorno á su vida elegante y vanidad satisfecha; que á menudo abandonase la mesa con los ojos brillantes, el labio muy húmedo y la risa muy alegre, eran cosas que forzosamente tenía que causar mucho sufrimiento á una joven que había creído de buena fe, admitiendo sus relaciones, reparar una gran injusticia, devolver su antiguo esplendor á una casa venerable; en una palabra, acercarse á Dios al través de un amor permitido. De toda aquella quimera, que había durado algunas horas, sólo Dios quedaba. Bastaba esto para que la noble criatura se dijese: "¡Mi padre es tan dichoso! No le quitaré esta dicha. Cumpliré bien mi deber de esposa, y transformaré á mi marido. El conserva aún la religión. Tiene corazón... Haré de él un verdadero cristiano. Después yo tendré hijos, y los pobres"... Tales eran los sueños que se agitaban tras aquella frente tan blanca, rodeada por los negros cabellos de aquella novia envidiada, y de cuyos vestidos los periódicos comenzaban á dar cuenta, para la que trabajaban gran número de modistas, costureras, joyeros, y que llevaría en sus contratos las mismas firmas que una Princesa de sangre; que iba realmente

á ser Princesa, y unida á una de las más gloriosas aristocracias del mundo. Tales eran los pensamientos que sin duda pasearía durante toda su vida por el jardín del palacio Castagna, que iba á ser suyo, aquel jardín histórico, en el que se ve todavía un paseo de perales en el sitio donde Sixto V, cercano á la muerte, cogió un fruto, le probó, y dijo al Cardenal Castagna, jugando del vocablo con sus dos nombres, pues él se llamaba Peretti: "Las peras están malas. Los romanos tienen bastante. Bien pronto comerán castañas." Esta anécdota, que, entre paréntesis, no prueba más que algo del espíritu de Rivarol en el Papa más grande del fin del siglo XVI, encantaba á Hafner. Le parecía llena del más delicado ingenio. No dejaba de referirla á sus colegas, á sus abastecedores, á todo el mundo, sin recordar que dos días antes se la había referido al mismo á quien de nuevo se la contaba. Se olvidaba hasta de la ironía de Dorsenne.

—Se imita demasiado á sí mismo—decía este último á Alba, riendo, una noche, ya al final del mes. Le he encontrado esta mañana en el Corso, y he tenido la tercera edición de la broma papal sobre las peras y las castañas. Después, como fuéramos juntos un rato, ha tenido, al mostrarme el palacio Bonaparte, una frase sublime: "También tenemos algo que ver con éste." Lo que significa que un sobrino del Emperador se ha casado con una prima de Pepino. Se cree pariente de Napoleón, se lo juro á usted. Cuando se trata de nobleza, no valen gran cosa los Bonapartes, sin embargo. Espero que él se avergonzará de esto...

—Y yo espero que será castigado como merece—respondió Alba Steno con voz sombría.—Ese triunfo

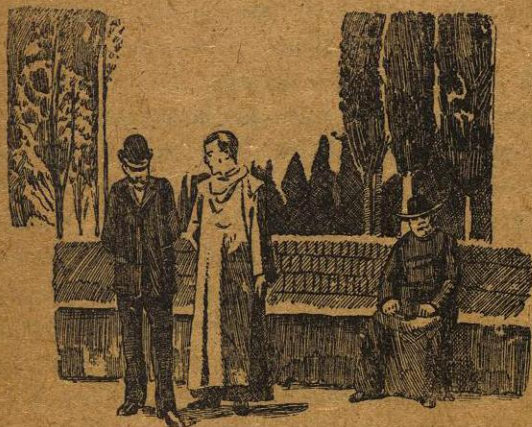
es muy insolente. Si es cierto que su fortuna es un inmenso robo, piense usted en los que ha arruinado. ¿Qué pueden decir ante su infame dicha?

—Si son filósofos—respondió Dorsenne riendo más alegremente todavía,—ese espectáculo debe hacerles meditar en la frase de uno de mis amigos impíos: "No hay medio de dudar de la mano de Dios, pues se la puso en los ojos después de crear el mundo." Además, esas gentes á las que ha arruinado han jugado contra él en la Bolsa. Y después, ¿existe alguna propiedad que no tenga por origen el robo? Y en fin, después, ¿por qué quiere usted que la Providencia que no impidió que Juana de Arco fuese quemada viva, mientras tantos perversos mueren en paz, se pusiera en campaña para castigar á Hafner por haber robado á egoístas burgueses, ó á nobles incapaces, algunos millones de florines? Pero dejemos á este personaje, mitad buho y mitad pavo, y hablemos de su encantadora hija, á quien usted tiene que transmitir una agradable noticia. ¿Se acuerda usted de cierto devocionario de Montluc?

—¿El que su amigo Montfanón había comprado para mortificar á la pobre niña?

—Precisamente. El viejo conjurado se lo ha devuelto á Ribalta, según me ha dicho este último, por cuya casa pasé ayer. Sin duda por espíritu de mortificación. Y digo, sin duda, porque no he vuelto á ver al pobre Montfanón desde aquel duelo que su impaciencia junto á Ardea y Hafner hizo inevitable. No sé cuántos días ha estado en el convento del monte Olivete, cerca de Siena, donde tiene un amigo, un cierto abate de Negro, del que habla como de un santo. Por Ri-

balta sé que ha vuelto, pero permanece invisible. Procurará verle. En fin, el volumen está de nuevo en la tienda del petrolero de la calle de Borgoña, y si la señorita Hafner sigue deseando adquirirle....



No sospechaba el escritor que en el mismo momento en que blasfemaba de la grande y terrible idea de la Providencia, como digno hijo de un siglo ciego por los sofismas y entorpecido por los falsos análisis, servía él mismo de instrumento involuntario á aquella misteriosa justicia, siempre pronta á detener nuestras criminales victorias y á deshacer nuestros más seguros cálculos.

Cuando hablaba de aquel modo, eran las dos. A las cuatro, Alba debía ir á buscar á Fanny para hacer juntas algunas diligencias y acabar la tarde en el jardín de la villa Celimontana, que á la nueva cristiana le gustaba extraordinariamente, por su paseo de encinas verdes, al fin del cual se encuentra una gruta

con esta inscripción: "Aquí, San Felipe Neri, rodeado de sus discípulos, venía á pensar en las cosas de Dios." Como era natural, el primer cuidado de la Condesita fué comunicar á su amiga la nueva dada por Dorsenne, y, cómo el devocionario tan deseado, había vuelto á la tienda del garibaldino.

—¡Qué dicha!—exclamó alegremente Fanny.—¡Yo que no sabía qué regalo ofrecer á mi querido Cardenal! ¿Quieres que vayamos á comprarle en seguida?

—¿El libro de horas de Montluc?—respondió el viejo Ribalta, cuando las dos jóvenes hubieron bajado del coche ante su tienda estrecha, más polvorienta aún, más llena de libros, y donde él estaba, con un rostro aún más delgado y lívido, bajo su sombrero, que el librero no se quitó.—¿Y cómo saben ustedes que ha vuelto á mi poder? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Hay, pues, espías por todas partes?

—El señor Dorsenne, uno de los amigos del señor Montfanón, nos ha dado la noticia—respondió Fanny dulcemente.

—Es posible—respondió el mercader con su habitual insolencia; y abriendo el armario donde encerraba lo más disparatado de sus tesoros, sacó el precioso volumen, que tendió á las dos jóvenes, sin soltarle. Después, con el mismo ladrido que cuando hablaba del asunto con Montfanón, dijo:—¡Ah! Es una pieza muy auténtica. Hay una firma truncada, pero indiscutible. Se ha comparado con el que se conserva en los archivos de Siena. Es la letra de Montluc, y he aquí su blasón... y las medias lunas de los Piccolomini. Este devocionario es una leyenda. El Mariscal se lo entregó á uno de los miembros de su ilustre

familia. Uno de los descendientes me ha encargado de su venta. No le cederá en menos de dos mil pesetas.

—¡Qué ladrón!—dijo Alba en inglés á su compañera.—Dorsenne me ha dicho que Montfanón sólo dió por el cuatrocientas.



—¿Estás segura?—preguntó Fanny; y como Alba contestara afirmativamente, dirigiéndose al librero con la misma dulzura:—¿Dos mil francos, señor Ribalta? Esto no es justo, puesto que usted se lo cedió á Montfanón por la quinta parte de esa cantidad.

—¡Entonces yo soy un mentiroso y un ladrón!—respondió brutalmente el viejo.—¡Un ladrón y un mentiroso!—replicó.—¡Cuatrocientas pesetas! ¿Usted quería este libro por cuatrocientas pesetas? Desearía que el señor Montfanón estuviese aquí para que le dijera á usted lo que le pedí por él... ¡Un ladrón y

un mentiroso!—Y sonrió cruelmente al poner de nuevo el libro en el cajón, el que cerró con llave; volviéndose luego hacia las jóvenes, cuya belleza, realzada por sus elegantes tocados, contrastaba con lo sórdido del sitio; las envolvió en una mirada tan odiosa, que se estremecieron y se apretaron instintivamente una contra otra. Con voz que parecía un silbido, añadió el librero:—Si quiere usted gastar cuatrocientas pesetas, tengo un volumen que los vale, y que me proponía llevar al palacio Savorelli uno de estos días..... Debe de ser uno de los últimos ejemplares que quedan, pues el Barón los compró todos.—Y pronunciando, gritando más bien estas palabras enigmáticas, había abierto el cajón de abajo del armario, y sacó un libro, envuelto en un periódico entre otro muchos, prueba de que sabía reconocerlo entre el desorden aparente de la tienda. Desplegó el periódico, y, cogiendo el libro, enseñó el título á las jóvenes: “Hafner y su banda. Algunas reflexiones sobre una sentencia, por un accionista.” Era un libelo, hoy olvidado, aunque en su época hizo algún ruido en los círculos financieros de París, de Londres y de Berlín, habiendo sido impreso á la vez en tres lenguas: en francés, en alemán y en inglés, al siguiente día del proceso del “Crédito Austro-Dálmate.” Para ser justos hasta con un hombre tan injusto, conviene añadir que aquel opúsculo estaba plagado de inexactitudes, como la mayor parte de las obras de su género. Las únicas páginas verdaderamente terribles, porque eran indiscutibles como un hecho, reproducían “in extenso” el proceso mismo y la sentencia, con sus considerandos tan vergonzosos para Hafner como una condenación. “Considerando el lí-

mite indeciso que separa aquí la mala administración del fraude"... Tal era la más dulce de las frases que motivaban una sentencia tan escandalosa, en efecto. Se decía que el Barón había gastado sumas enormes á fin de conseguir que se modificara su forma, sin poderlo conseguir. El autor del libro había contado que había ido á ofrecer un ejemplar al interesado, proponiéndole la compra de toda la edición, respondiendo Hafner sencillamente:

—¿Cómo quiere usted que yo pague cuarenta mil pesetas por quinientos ejemplares, que una agencia de librería me procurará en dos años á cincuenta "kreutzers" uno con otro?

Y, de hecho, él había pacientemente comprado y destruido la mayor parte de los volúmenes, y los que quedaban le importaban poco. Aquel profundo realista sabía la opinión que de él tenían las conciencias escrupulosas. Pero despreciaba la simplicidad como la cobardía de los otros. Sabía que los impresos no tienen valor alguno, pasado el primer instante de sorpresa, aun cuando las revelaciones que contengan sean exactas. ¿No están encargados los periódicos, por la abundancia de calumnias que acogen, hacer inofensivas hasta las más indiscutibles verdades? Así Ribalta se engañaba, conservando tan cuidadosamente aquel libro inútil, como se engañaba creyendo que la pobre Fanny estaba demasiado iniciada en los negocios de su padre para no conocer la existencia del injurioso libelo. Y aunque estuviera seguro de la ignorancia de la joven sobre la reputación de su padre, hubiera mostrado el terrible libro. En el fondo de aquel hombre había una crueldad envidiosa. Sus ojos garzos re-

flejaban una alegría verdaderamente feroz, mientras tendía su volumen, sin soltarle, repitiendo:

—Vale las cuatrocientas pesetas.

—No mires ese libro, Fanny—dijo vivamente Alba, después de haber leído el título de la obra y empleando de nuevo el inglés,—es una de esas villanías con las que no se debe manchar el pensamiento.

—Habíase colocado entre su amiga y el mercader, y continuó, sublime de indignación y de disgusto:

—Puede usted guardar ese libro, puesto que se hace usted cómplice de los que le han escrito, especulando con el miedo que usted cree inspirar. La señorita Hafner le conocía desde hace tiempo, y ni ella ni su padre darán un céntimo por él.

—¡Vamos! ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor!—dijo Ribalta, guardándole.—Diga usted á su padre que siempre le tiene á su disposición.

—¡Ah! ¡Miserable!—dijo Alba cuando Fanny y ella salieron de la tienda y hubieron subido al coche.—¡Osar mostrarte ese libro á ti! ¡Y no hay tribunales que persigan acciones de esta naturaleza!

—Ya lo has visto—respondió Fanny.—Ha sido tal mi emoción que no he podido articular una palabra. Triste es que ese hombre me haya ofrecido semejante obra. Pero es un pobre hombre que tiene, sin duda, necesidad de dinero. Lo que es horrible, es que se encuentre un hombre capaz de escribirle. ¡Mi padre! Tú no puedes figurarte su delicadeza en los negocios. Es la honra de su profesión. No hay un soberano de Europa que no le haya dado testimonio de ello. ¿Has visto todas sus cruces? Cuando tuvo aquel proceso, en que luchó contra todos los envidiosos de su fortuna,